

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

En Madrid...	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
	Un año.....	82 »
En provincias..	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
Ultramar y extranjero.....		8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Reflexiones sobre la muerte de Jesús, por doña Rogelia Leon.—*La soledad de Maria*, poesía, por D. Francisco Pareja de Alarcón.—*La Semana Santa*, por D. Leandro A. Herrero.—*Las Navas de Tolosa*, balada, por D. Joaquín Tomeo y Benedicto.—*Sábado Santo*, por Fernán Caballero.—*Las Adormideras*, poesía, por D. Teodoro Llorente.—*Los chinos en América*.—*Modas*, correo de señoritas, por Doña Joaquina de Carnicero.—*Explicación del figurín*.—*Variedades*.
Pliego quince de 16 páginas de *Carlos y Elvira*, novela original de D. Enrique Domenech.

REFLEXIONES SOBRE LA MUERTE DE JESÚS.

«Hijas de Jerusalem, no lloreis por mí, llorad por vuestros hijos!»

Y al pronunciar estas proféticas palabras, la voz del Redentor de los hombres estaba llena de dulzura y agonía á la vez.

De dulzura, porque hablaba á las sensibles mujeres que le compadecían, y de angustia dolorosa, porque previa el castigo que su Padre indignado

lanzaria sobre el pueblo deicida, que saciaba sus feroces instintos en Él.

El Gólgota, el Calvario, Gehsemani, el Cedron, el Jordán, y todas sus riberas y cercanías se estremecían de dolor, mientras los hombres, impasibles y airados, lanzaban piedras é insultos contra el que habían recibido con palmas y olivas.

La inconsecuencia de los malvados corazones había visto en aquel Hombre, primero un Dios, y después un culpable, digno de arrastrarse ignominiosamente por aquel suelo de raza impía y cruel.

Suelo que después regarían también con su sangre los Apóstoles de la fe santa para mostrar á esta raza descreída é impura que no en vano vino Dios á redimir el pecado, y á abrir los corazones á la fe.

¡Allí, en aquellos mismos sitios donde había vivido y predicado Jesús, perecieron los Mártires gloriosos de su doctrina!

Allí, en Ornitópolis, os pueden referir todavía las palomas y las tórtolas los cuadros de destrucción que contemplaron volando hácia Jerusalem.

Las aves inocentes que viven en aquellas montañas lloran siempre la muerte de Jesús.

Ladi Stanhope, célebre sibila que vive en el Libano, ha dicho á un viajero que fué á visitarla y á admirar su sabiduría y aislamiento:

«Las aves y las mujeres nunca fueron enemigas del Señor.»

Con efecto: ¿Quién se compadeció de Jesús? ¿Quiénes eran los seres que lloraban subiendo al Calvario con Él? ¿Quién limpió su rostro sudoroso? ¿Quién estaba de rodillas al pie de la Cruz?

Las Marias, la Magdalena, la Verónica, y todas las pobres mujeres de la Ciudad Santa.

Las mujeres compadecían á la pobre Madre, y lloraban desoladas por el Hijo que iba á perecer.

Las mujeres de aquella tierra del pecado se distinguieron como siempre por su humanidad.

La bella mujer de Samaria, á pesar de creer enemigo de su país á Jesús, le dió á beber agua, compadecida de su cansancio y postracion.

Solo una mujer haria lo que ejecutó aquella viuda de Sarepta, pueblo de Israel, cuando se le presentó el profeta Elías, diciéndole que tenía hambre.

La pobre mujer iba tambien estenuada, dolorida y llorosa, á buscar un haz de leña que trasportar á su hogar para hacer lumbre donde hervir una torta pequeña, único alimento que tenía para su tierno niño que pedia pan; pero al ver el hambre del Profeta, volvió volando á su casa, y le trajo la torta, perfectamente amasada con la única harina y el único aceite que le quedaba para vivir con su adorado hijo algunas horas más, pues el hambre destruía todos los pobladores de Sarepta.

El niño murió, murió como todos los habitantes de aquel pueblo de Israel, y la madre quedó desolada, pero nunca arrepentida del bien que habia dispensado.

San Elías entonces consiguió de Dios que resucitase el niño y jamás faltase aceite ni harina en aquel hogar.

Jesús, desde el madero, vió que los hombres le crucificaban, y las mujeres le compadecían.

Vió á su Santa Madre con el corazón atravesado de dardos crueles, y á todas las madres llorando con ella.

Estas lágrimas fueron el sagrado bautismo de la mujer.

¡Si se la habia negado hasta entonces un alma, si se la tenía relegada á la esclavitud y al yugo, como el perro encadenado á la puerta del hogar, desde entonces reconoció Jesús en ella un espiritualismo tan

piadoso y un llanto capaz de borrar las culpas de la primera generacion.

La mujer no ha necesitado para rehabilitarse más que una lágrima; porque en esta lágrima iba envuelto el germen de sus entrañas y su corazón.

Pero aquellos hombres que no se compadecieron, que laceraron el cuerpo de Jesús, que derramaron impiamente su sangre, que vieron el rostro de María pálido, desencajado y doloroso, sin sentir emoción, ¿podrán ser perdonados jamás?

Jesús rogó por ellos en su agonía, su mirada más expresiva hacia el *Padre*, fué cuando dijo con un acento que ninguna voz del mundo puede imitar: «¡Perdónalos, Señor, que no saben lo que se hacen!»

Este ruego subió por las esferas hasta Dios, y hubieran sido perdonados, quizás para siempre, si alrededor de aquella llama purísima, que era el aliento del Crucificado, no fuesen rojas manchas de sangre de Jesús, que oscurecieron de dolor la vista del Padre.

Entonces vió de un golpe todas las escenas terribles con que habian amargado los hombres la vida de Jesús.

Vió al traidor Judas que vendia á su Maestro por unas pobres monedas tan miserables como él.

Vió á su Hijo arrodillado en el Huerto de las Olivas tan humilde en su actitud, como si fuese un culpable que esperase el castigo de sus culpas.

Todo era solitario enrededor, y los discípulos dormían, mientras Jesús les bendecía, disponiéndose al martirio.

Miró despues el tribunal injusto que le sentenciaba y la befa y ludibrio con que le escarnecían, prefiriendo salvar á Barrabás del suplicio, entregando por él al Señor.

Luego le siguió poco á poco en el Calvario hasta llegar á la cumbre del Gólgota.

En aquella esplanada, donde bullían los hebreos alrededor de la cruz, como emjambres de cuervos sobre el cadáver que van á devorar, bajó una chispa de fuego hasta la cabeza de los culpables.

Era la maldicion eterna que caía sobre el pueblo deicida, era la eternidad del sufrimiento sobre las manchadas conciencias de sus hijos.

Desde entonces la destruccion reinó en aquellos países, regados con la sangre de un Dios.

De ese Dios que habia mandado el Supremo Padre en forma de hombre, para que, como ellos, sufriese penalidades y dolores hasta lograr redimirles.

Para que fuese el divino Maestro de las razas impuras, y les enseñase el camino de la verdad.

Para que fuese el protector de los ancianos, el mentor de los niños, el defensor de las mujeres y el ejemplo más fiel del amor y la caridad cristiana.

¿Cómo pudieron ser los hombres tan ciegos, tan ilusos, tan desalmados y crueles, que cebasen sus iras, su maldad y su rudeza, en el que corrieron de lugar en lugar, de valle en valle, llevaba el alimento al hogar del pobre, curaba los heridos, curaba las llagas, resucitaba los muertos, y daba tantas pruebas de ser el Dios anunciado por el Profeta, que venía á traer el bien y la salvación á los mortales?

¿Por qué fueron los hombres tan malos con Él?

Porque su espíritu es fiero; porque siempre se inclinan á la balanza del mal; porque no pueden crear un ídolo sin destruirle al momento, y porque su ambición y su orgullo no tolera nunca la superioridad.

Si Dios no hubiese maldecido al pueblo hebreo, su misma conciencia le castigaria.

Dios ha querido sacar al hombre de su caos de tinieblas; para ello no ha podido hacer más que enviarles á su Hijo y dejarle crucificar por ellos.

Si ellos han sido ingratos y crueles, si lo han martirizado sin piedad, hundan en el polvo sus miserables frentes; arrojen en el lodo su corrompido corazón; arrastren su miserable existencia, y no se quejen nunca del castigo.

Les dieron un camino de flores, y ellos lo han hecho de ortigas.

Les enseñaron la senda del bien, y eligieron la del crimen.

Tuvieron un Maestro divino que les enseñara la fe y prefirieron tiranos cual Herodes y sangrientos sicarios como Calígula y Neron.

Pudieron tener felicidad en sus hogares, y prefirieron vivir errantes por todos los países donde les escarnecen y les odian.

Sus hijos, que se hubieran vestido y abrigado con las hermosas pieles de sus rebaños abundantes, andan desnudos desde entonces en carabanas, y se hospedan por la noche entre las rocas, ó á las márgenes del Cedron, que en vez de agua arrastra piedras y lodo por todos aquellos valles incultos que dan horror al viajero.

Solo las lágrimas y las oraciones de la mujer pueden redimir estos culpables.

Ellas, que lloraron por Jesús y acompañaron á la benditísima y desolada Madre, deben rogar á todas horas por los pecadores.

Y si el hombre aún es tan ingrato que la culpa y la llama el origen del pecado y del mal, su conciencia le castigará despues como á los judíos, recordando que ella lloró al pié de la cruz, enjugó el rostro sagrado á nuestro Redentor, y jamás desconoció á Jesús, ni se atrevió á dudar que fuese el Mesías verdadero.

Los que llamais ignorante y débil á la mujer, tomad ejemplos de ella en las grandes situaciones, desde el Calvario á la presente humanidad.

Las lágrimas han tenido siempre más poder que los aceros.

Y las oraciones han hecho más conquistas que toda vuestra fuerza, orgullo y potestad.

¡Mujeres sensibles, seguid llorando con María al pié de la cruz, mientras los corazones secos y frios de los hombres se disputan un palmo de tierra sin gloria, un título acaso sin honor, y un asiento encumbrado, de donde caerán mañana para hundirse en la oscuridad y el infortunio!

¡Creedme, hermanas mías, amigas de mis dolores! Solo hay una verdad innegable, solo hay una dicha posible, un bien que nunca perece, la fe, la religion, la caridad.

ROGELIA LEON.

Granada, Abril 1865.

POESÍA RELIGIOSA.

LA SOLEDAD DE MARIA.

Estoy delante de Ti,
Virgen pura y sacrosanta,
Y al considerarme aquí,
No sé lo que pasa en mí,
Ni acierto á mover la planta.

Yo no sé quién me ha traído
Á este lugar solitario:
Solo sé que conmovido,
Hoy tus huellas he seguido
Desde el monte del Calvario;

Pero tan turbado estoy
Al vernos aquí los dos,
Que enojos pienso te doy

Siendo yo, Virgen, quien soy,
Y Tú la madre de Dios.

De pena y temor no acierto
Á alzar hasta Ti los ojos,
Y estar vivo solo advierto
Por las lágrimas que vierto
Rendido á tus piés de hinojos.

Tú tambien lloras, María,
Y ese llanto que derramas
Diciendo está al alma mía,
Que eres Tú la que me llamas
Á llorar en tu agonía.

Sí; que cuando en orfandad
Tu pecho angustiado llora,
Fuera impía crueldad
En tu amarga soledad
Abandonarte, Señora.....

Por eso, aunque con temor,
Vengo á pedir tu licencia,
¡Oh madre del Redentor!
Para llorar mi dolor,
Virgen pura, en tu presencia.

Es verdad que indigno soy
De venir á hablar contigo;
Más de tus piés no me voy
Si cuenta fiel no te doy
Del hondo pesar que abrigo.

Muy acerba es mi afliccion
Al verte llorar, María,
Y al ver que mis culpas son
Las que causan la agonía
De tu amante corazon.....

Yo soy aquel que inhumano,
Sacrilego y homicida,
Clavó en madero villano
Al Redentor Soberano
Que es el autor de la vida.

Mis pecados son, Señora,
Los que alzaron esa Cruz,
Que sangre de un Dios colora,
Y dieron muerte traidora
Al inocente Jesús.

Aquí tienes el autor
De tus dolores, María,
El que impío y pecador
Te robó tu dulce amor,

Tu contento y alegría.

Pues Tú la ofendida eres,
Y yo el reo y criminal,
Haz, Virgen, lo que quisieres
Con el mas vil de los seres
Que es la causa de tu mal.

Si me quieres confundir,
Justa será tu venganza,
Y yo la habré de sufrir
Sin quejarme, ni pedir
Indulgencia ni esperanza.

Más tu llanto de agonía
Me está diciendo en tu faz,
Que aunque mi culpa es impía,
No eres tú mi juez, María,
Sino ángel de amor y paz.

Hoy á tu Bien has perdido;
Más no puedes olvidar
Que el amor al hombre ha sido
El que su sangre ha vertido
De la Cruz en el altar.

Y aunque mis pecados son
La causa de tus dolores,
Tú me darás el perdon,
Cual lo dió en la Redencion
Jesus á los pecadores.

Tú le escuchaste al morir,
Para sus verdugos mismos
Perdon al cielo pedir,
Cuando pudo confundir
Su maldad en los abismos.

Y en Ti, con ansioso afan,
Sus amantes ojos fijos,
Madre haciéndote de Juan,
Te dió en adopcion por hijos
Los tristes hijos de Adan.

Vuelve á mí, Virgen María,
Vuelve tus ojos de amor,
Pues que Dios en este día
Me dejó por madre mía
La Madre del Redentor.

Yo bien quisiera poder
Aliviar tu corazon
De tu intenso padecer,
Pero es muy pobre mi ser
Y muy grande tu afliccion.

Sé que no puedo aliviar,
Madre, tus fieros dolores,
Más quiero á tus pies estar,
Para contigo llorar,
Al Hijo de tus amores.

Yo llorando arrepentido
Las culpas que cometi,
Lograré el perdón que pido,
Por la sangre que ha vertido
Un Dios que ha muerto por mí.

Y Tú, llorando afligida
A tu dulcísimo Bien,
Que muriendo nos dió vida,
Tendrás alivio en la herida
De tu corazon tambien.

Más no llores, Virgen pura,
Tan solo por tu dolor:
Acuérdate en tu amargura
De la horrible desventura
Del ingrato pecador.

Haz que la sangre preciosa
Que se ha vertido en la Cruz,
Lave su culpa horrorosa,
Fructificando abundosa
La redencion de Jesús.

Pide al cielo, Madre mia,
Que dé á nuestro corazon
Horror á la culpa impia,
Y la sangre de este día
Nos sirva de salvacion.

Pídele, Madre y Señora,
Del pecador esperanza;
Pues una Madre que llora
Por el Hijo á quien implora,
Los imposibles alcanza.

Y haz que al triste desgraciado
Que gime aquí, Madre mia,
Perdone Dios su pecado,
Por haber acompañado
LA SOLEDAD DE MARIA.

FRANCISCO PAREJA DE ALARCON.

LA SEMANA SANTA.

Hay días para la alegría como los hay para el dolor y para la meditacion. La Semana Santa, que es

como el epílogo de la Cuaresma, briuda al cristiano al recogimiento y la oracion, renovando en su memoria esos indelebles recuerdos de la Pasion de Jesucristo, Dios de la misericordia y del amor, que murió en una cruz bendiciendo y perdonando á sus verdugos, y que dió á la tierra con su inocente sangre los gérmenes de esta civilizacion hermosa y bienhechora que en el espacio de diez y nueve siglos viene desplegando sus grandezas soberanas con asombro y pasmo de la humanidad agradecida.

La Semana Santa es una especie de tregua que señalan los tiempos al estrago de nuestras malas pasiones; y en el reducido espacio que abraza, parece que el alma renace para una vida más pura y superior, entregándose á merced de una especie de melancolia religiosa que la impulsa dulcemente á la contemplacion de los altos misterios de la redencion humana, fuente inefable de consuelo para los corazones doloridos que vierten sus sollozos en una noche perpétua de amargura, avanzando sin tregua ni descanso hácia el calvario de la desgracia.

Mil ochocientos años hace que tuvo lugar en el Gótho el drama sangriento de la crucifixion de Jesús, y en este periodo no se ha borrado un solo día de la conciencia humana la memoria de aquel horrendo deicidio, lúgubre epopeya escrita en los corazones con la sangre de aquel Dios bueno y generoso, padre de los pobres y de los miserables, que quiso morir con los brazos abiertos para brindarnos eternamente á refugiarnos en ellos en todas las tribulaciones.

¿Y cómo habia de olvidarse la humanidad de aquel sangriento misterio? En la cima de aquel escarpado monte, junto á aquella cruz antes infame y ahora gloriosa, en presencia de las cohortes de sayones encargados de realizar el tremendo sacrificio, y en frente de la ciudad populosa que aullaba roncamente como el Océano embravecido, escuchó la humanidad las palabras más dulces y armoniosas, las promesas más bellas, los acentos más inefables, los consejos más puros. Allí fué donde columbró por vez primera la esclencia de los divinos dones que más tarde habia de poseer: allí fué donde se revelaron á sus ojos las magnificencias de su destino embellecidas con sus ardientes arreboles de gloria: allí fué, en una palabra, donde las almas, hasta entonces sumidas en la lóbrega cárcel de la muerte, arrojaron como larva su mortaja, y convertidas en mariposas tendieron sus alas de oro por el diáfano horizonte de la vida, sintiendo con alborozo el primer

latido de su grandeza y dignidad. Todas las profecias tuvieron allí cumplimiento, y todas las esperanzas desplegaron ante la vista del hombre sus cándidos destellos, encendiendo en el fanal de las inteligencias la radiante luz que guía nuestros pasos en el inmenso camino del progreso.

Cada palabra fué allí un meteoro luminoso y cada gota de sangre una semilla bienhechora destinada á reproducir las flores mas bellas del pensil de la civilizacion. El árido monte se cuajó de estrellas recibiendo aquellas gotas de sangre, y la osamenta de Adam palpitó de gozo al percibir su tibio calor, escanciando las yertas fuentes de sus ojos una lágrima de vergüenza y de arrepentimiento ante la enormidad de su pecado. La vida universal reprimió su curso cuando la Parca segó en flor la vida del Divino Lirio, y los cielos y la tierra temblaron de regocijo al escuchar los últimos latidos de aquella vida espirante, que exhalaba á torrentes la dulcísima eufonia de su bondad.

No hay una sola duda, no hay una sombra, no hay un crepúsculo que haga palidecer la radiante luz de las verdades consagradas en el Calvario. Todo es en ellas diáfano, puro, resplandeciente como la mirada del Salvador, que se refleja en la frente de la humanidad á través del espejo de los cielos. Las negaciones de la impiedad, las cábalas necias del ateísmo, la sofistería ruin de la soberbia científica, y los falsos razonamientos de las filosofías anticristianas, son reflujos brutales de barbarie que se desvanecen ante la Cruz como se desvanecen la bruma y la niebla ante el brillo del sol. Un célebre publicista francés ha dicho que el ateísmo es una pasión animal, y que el ateísmo solo se diferencia de las bestias en que tiene la facultad de negar. Otro publicista de la misma nación, filósofo insigne por sus caídas y extravíos, no pudo contemplar en los Evangelios la vision del Calvario sin exclamar con una espontaneidad admirable: «Si la vida y la muerte de Sócrates fueron de un sábio, la vida y la muerte de Jesucristo fueron de un Dios.»—Y siendo un Dios, decimos nosotros, no pudo dar á la tierra en patrimonio la verdad incompleta, sino la verdad en su grado más supremo de perfección.

El cruento sacrificio del Gólgota ha sido, es y será eternamente hasta el fin de los siglos, la consagración de todas las verdades morales, religiosas y sociales que la civilización ha transformado despues en leyes. *Ama á tu prójimo como á ti mismo, perdona*

las injurias, ama á un solo Dios Creador de todas las cosas. Tales son los sublimes y simplicísimos preceptos de la ley de gracia, restauradora de la dignidad de la especie humana. Donde estos santos principios han florecido, los pueblos han tenido constantemente sobre su horizonte una aurora de bienandanza y de alegría, manantial bendito de luz, de progresos y de felicidad; han tenido leyes, han tenido familia, han tenido patria. Donde aquellos principios no han florecido, los pueblos han tenido que arrastrar una vida infame, miserable, desgraciada, llena de lóbreguez, de horror y de tinieblas. La corona de espinas de Jesucristo es una corona real en la frente del hombre, que no solo le hace partícipe del imperio de los cielos, sino que le otorga el imperio moral de la tierra.

En la Semana Santa conmemora la Iglesia católica la gloriosa tradición del Calvario. Todos los que por fortuna hemos recibido en la concha de nuestra alma el divino néctar de las inspiraciones cristianas, vertido en nuestros oídos por los labios de nuestra madre, entre los besos y caricias que prodigaron á nuestra infancia, tenemos el deber de guardar, conservar y perpetuar esa veneranda tradición de donde dimanen todos los beneficios y magnificencias que ha reportado el progreso á las generaciones presentes. Ningun tiempo más á propósito que la Semana Santa para hacer conmemoración de este sacrosanto misterio del cristianismo. Los padres de familia deben inculcarle en el alma tierna é infantil de sus hijos, y especialmente las madres, en cuyo corazón reside mayor sensibilidad, mayor ternura, mayor piedad y sentimientos de religión, cualidades inapreciables para transmitir ó inspirar los perfumes de esta sublime enseñanza. Todos sus esfuerzos hallarán la debida recompensa, porque á despecho de los sofismas de la incredulidad, de la indiferencia y de la impiedad, la Religión de Jesucristo, esa divina ley escrita en el Calvario con las gotas de su sangre, es un bello privilegio de felicidad que los padres, sacerdotes del santuario del hogar, no deben negar á la familia.

LEANDRO A. HERRERO.

SÁBADO SANTO.

De esta noche está escrito:
y la noche será tan clara como el día.
La Angélica.

Dice un escritor francés, Mr. Fernand Denis, en un excelente y erudito trabajo que ha publicado

sobre los Noéls, esto es, cantos de Noche Buena: «Es la fiesta de Navidad la única alegría cumplida que celebra el austero culto cristiano; es su única poesía gozosa; todas las miserias de la vida se olvidan en ella, porque en ella se hallan todas las esperanzas.»

Parécenos que es este bellísimo trozo demasiado exclusivo, y que el autor no ha tenido presente al escribirlo nuestra espléndida y gozosa Pascua de Resurrección inaugurada la víspera con el potente y sublime *gloria in excelsis Deo*. Nos parece, repetimos, que ha omitido el recuerdo de ese Sábado bien denominado de *Gloria*, en el que pasa la Iglesia instantáneamente del más austero y profundo duelo, á la más cumplida y espléndida alegría.

No se necesita para sentir esta pura alegría corazonas profundamente poseídos é impresionados por la conmemoración de los dolorosos incidentes de la Pasión del Señor; tampoco son necesarias para ello el que se encuentren las mentes embebidas en sus tristes misterios patentizados anteriormente, patentizados por las ceremonias, cánticos, procesiones, pláticas y ejercicios con los que la Iglesia los solemniza. Basta para llenarse de esta dulce y viva alegría el aspecto universal, la impresión general comunicada por esta fausta *gloria* que entona la Iglesia á toda la población de nuestra católica España.

Á pesar del invasor indiferentismo religioso, ese primer triunfo de la impiedad sobre la Religión, esa Siberia del alma, esa parálisis del espíritu, ese oidium que seca en germen todo bello y vigoroso brote de nuestro corazón, á Dios gracias, en este día España vive y se rige por su Iglesia. ¿Acaso hay, preguntamos, alguno, que por indiferente que sea, que por apartado que se halle de las cosas santas, no se sienta conmovido de una sensación de solemne júbilo, ya sea por ese arrastre simpático que ejerce lo que es general sobre el individuo, ó ya por el sentimiento experimentado en sus primeros años, necesariamente permanece en su corazón como un ángel dormido en su cuna, acaso hay alguno que no se sienta conmovido al oír el escelso *gloria* que echan á vuelo todas las campanas en sus distintos pero armoniosos timbres; así como en sus distintas voces lo repiten la grave voz del sacerdote, la del hombre fuerte, la del hombre sabio, la humilde voz del pobre, la dulce voz de la mujer y la gozosa voz del niño?

Á este santo júbilo universal han precedido las

augustas ceremonias instituidas para solemnizar este gran día.

El sacerdote ha bendecido el fuego y la nueva luz que se ha encendido, diciendo: «Señor Dios, Padre Omnipotente, luz que no puede apagarse ni debilitarse, Creador de toda luz, bendecid esta para que ilumine á todo el mundo,» y con la nueva luz enciende el cirio Pascual que la simboliza.

Ha bendecido en las pilas bautismales el agua que durante el año ha de inaugurar tantas almas en el Cristianismo en el nombre del Dios vivo, del Dios Santo, del Dios verdadero, rogándole que bendiga Él mismo esas sencillas aguas, á fin de que además de la natural virtud que poseen de purificar el cuerpo, reciban la de purificar el alma.»

Ha bendecido el incienso en nombre de «Aquel en cuyas aras será quemado.»

Se han recitado las denominadas profecías que no lo son en la general acepción de la palabra, sino capítulos de los libros Santos, con el fin de seguir consecutivamente la costumbre de los primeros cristianos que pasaban aquella solemne noche leyendo las Sagradas Escrituras.

Cántanse después las letanías de los santos, revistense los sacerdotes, y empieza el santo sacrificio de la Misa, en cuyo cántico de *gloria* celebra y anuncia la Iglesia la Resurrección gloriosa del primer y más Santo Mártir del Cristianismo.

Lee el diácono la Epístola de San Pablo á los Colosenses, que empieza con estas admirables palabras: «Hermanos, si habeis resucitado con Cristo, buscad las cosas que son de arriba.»

Sigue la lectura del Evangelio del día que con suma y sublime sencillez refiere que yendo las dos santas mujeres que tanto amaban á Jesús á llorar sobre la sepultura de mármol en que le había depositado José Nicodemus, lo hallaron vacío, levantada la losa que lo cubría, y sentado sobre ella á un ángel, cuyos vestidos eran como la nieve, y cuyo aspecto era como un relámpago, el que les dijo: «Sé que buscáis á Jesús el que fué resucitado; no está aquí, porque ha resucitado como dijo.»

Si profundo, reverente y universal ha sido el duelo de la Iglesia católica, y todos sus hijos en los días precedentes, ostentosa, brillante, general y comunicativa es al tocar á *Gloria* su alegría. Esto al punto de haberse constituido en tipo proverbial en nuestro hermoso idioma, en esta frase usual y popular: *alegre como un sábado santo*.

No hace mucho, cuando los intereses materiales no habían subido á la altura en que están hoy, estos, á ocupar el primer puesto en la atención de los hombres, estaba esta tan exclusivamente absorbida en estos días de Semana Santa por las cosas espirituales y religiosas, que pasando naturalmente este estado de la cabeza de la sociedad humana á todos los miembros que la componen, el pueblo expresaba en su festivas costumbres la parte que en ellas tomaba.

Era una de estas costumbres generales en esta Pascua, que aun subsiste, gracias á los niños que mantienen sus fueros, el abrirse una feria de corderitos en la que los padres compran á cada cual su cordero de Pascua.

Otra costumbre popular, cuyo uso se va estinguendo, es vestir con trapos un muñeco de paja que representa Judas, y que colgados en las calles, señaladamente en los cabos de barrios, reciben de los muchachos toda clase de vejámenes é insultos. De ahí ha provenido el conocido dicho de *estar hecho un Judas*, para denotar el que una persona está mal y haraposamente vestida. Llegará el día en que los coleccionistas de etimologías busquen sin hallarla á esta expresión generalizada su genuina fuente.

Otra costumbre festiva que pertenece á este día en que concluye la Cuaresma existe aun, pero en escala menor. Cuando se han esparcido por la noche desde la torre de la Catedral las graves campanadas de su reloj, dando las doce, hora en que concluye la Cuaresma, les sigue un coro de alegres voces que la despiden con estas y otras frases parecidas: ¡Adios, Cuaresma! Adios bacalao! Adios ayunos, hasta el año que viene!

Si sentimos ver desaparecer estas cosas que en sí nada significan, que son pueriles y se pueden calificar de niñadas, no es por las cosas en sí (aunque nos agrade), sino por la fé, el candor y la alegría que las puso en costumbre. Fé, candor y alegría, dulces compañeras de la inocencia, que con nada que más valga puede nunca reemplazar el hombre.

FERNÁN-CABALLERO.

LAS NAVAS DE TOLOSA.

BALADA.

Venid, trovadores, que con el laud á la espalda cruzais el mundo en busca de glorias, cantais amo-

res á las bellas, hazañas al guerrero y medrosas tradiciones al campesino; vosotros los que recorreis los feudales castillos de la vieja Alemania, los que pisais las risueñas praderas de la Francia ú os asentais sobre las rocas de la nebulosa Escocia; venid cubierta la cabeza con el simbólico birrete, trepad á los altos picos de la sierra de Muradal, y preparaos á cantar.

El génio de la guerra ha sonado su bocina; el eco ha estremecido al mundo cristiano; el mismo Pontífice se alza sobresaltado de su sólio y ve con inquietos ojos el peligro de la Cruz: todos los cristianos se aprestan á su defensa: los rayos de la Media Luna de Damasco amenazan abrasar los templos del Crucificado.

¡Hoy es un día grandioso!

Mirad esa faja blanca que aparece en el horizonte, y á cuya presencia palidecen las estrellas: es la aurora que con su aliento de virgen disipa las tinieblas de la noche.

No tardará en asomar el sol, dando vida á la naturaleza.

La naturaleza se despierta; la brisa que juega con nuestros cabellos roba á las flores sus mas vivos aromas; los pájaros saludan al día con sus trinos, la niebla con que la noche cubre los prados se refugia en lo mas alto de las peñas, de donde pronto la ahuyentarán los rayos del nuevo sol.

Los rayos del nuevo sol aparecen..... ¡ya nos envuelven con su manto de oro!

Mirad el espectáculo que tenemos delante. Esa vasta llanura sin vegetación alguna, aquellas negras montañas de pizarra que se alzan imponentes como un muro de hierro, esa confusión de gentes que corona los mas elevados riscos como bandada de gaviotas y puebla la llanura como un mar hirviente.

Mar hirviente que ha assolado comarcas y ahora se halla detenido en la cuenca de esas montañas.

Es un inmenso ejército que aguarda á su enemigo. ¿Os admira la blancura de sus tiendas, lo pintoresco de sus trajes y lo atezado de sus rostros quemados por el sol de Oriente?

De Oriente vienen; son los hijos del Profeta que, como un torrente desbordado, amenazan envolver á los defensores de la Cruz.

Ved sobre aquella eminencia la tienda del emir que, formada de preciosas y ricas telas, se ostenta ufana con su cerca de gruesas cadenas, como la reina de una fiesta; ved la doble muralla humana de

los feroces nubbianos que la circundan, prontos á dar sus vidas por defender la de su señor; su señor, el inclito Mahomet, que envuelto en su caftan verde, sentado en cojines de tisú, con el Corán abierto sobre las rodillas, y rodeado de toda la grandeza de su corte, espera indolente el momento de la batalla; mirad junto á la tienda real el ejército escogido de los árabes españoles: los nobles andaluces con ricos trajes y preciosas armas, cabalgando en briosos corceles nacidos á orillas del Genil; los revoltosos valencianos agrupándose bajo su blanco pendon sembrado de estrellas; los Almohades, hijos del Desierto, con sus rostros cobrizos, rojos turbantes, fiel trasunto de los primeros conquistadores, y allí, los Motavaytynes, hijos de las nieblas, tremolando al aire sus banderolas de mil colores y formando con sus pechos la primer barrera al enemigo.

Pero lo más pintoresco es esa multitud desordenada que, esparcida al pie de la colina como ovejas separadas de su redil, bulle en confusion y espera con júbilo el momento de la pelea: son los árabes advenedizos que como un enjambre de mortíferos insectos han lanzado los aires del África contra la vieja Europa.

Allí están los que plantan sus viviendas de lino á orillas del mar Rojo y el Éufrates; los que abrevan sus caballos en el Guir, y persiguen las águilas hasta la cima del Sinaí; los que habitan las ruinas de Tiro y Babilonia; los que cultivan el Yémen y el Hadramant; los pastores del Atlas y del Cáucaso, que no han dudado en cambiar la honda por la ballesta.

¡Cuán confiados júzganse ya dueños de todo el orbe! no piensan que el cristiano se atreva á presentarse: su posicion es en efecto favorable; imposible el asomar á la llanura sin ser exterminados.

Tres horas hace que esperan al cristiano.

Un soplo del Miramamolín va á hundir cinco siglos de victorias.

¿Qué rumor es ese que se levanta en la llanura? Parece el bramido de la cercana tempestad. ¿Por qué suenan los clarines, galopan los caballos y se agrupan los soldados en torno á sus enseñas? ¿Qué indican esos gritos de asombro?

¡Oh!

Mirad á vuestros piés, allá abajo, por entre esas rocas negruzcas donde ni las gamuzas podrian trepar, ved esa monstruosa serpiente de hierro que baja en silencio hasta la llanura.

¡Son ellos! ¡ellos!

¡Los cristianos guiados por un humilde pastorcillo!

Hé allí los invencibles pendones de Castilla, Aragón y Navarra; tres Reyes cristianos con sus poderosos ejércitos se presentan ante los infieles, que atónitos contemplan ante sí aquella tropa de héroes como salida de las rocas.

Hé allí la nobleza de Castilla; aquel anciano que lleva el pendon real es D. Diego Lopez de Haro; le acompañan sus hijos D. Lope y D. Pedro: el de la rica sobrevesta con coronado casco es el infante de Leon D. Sancho Fernandez; el joven caballero que le sigue sobre un blanco alazán es el alférez de Madrid don Íñigo de Mendoza; mirad su estandarte con el blason de la villa, oprimiendo los ijares de un fogoso oviero y flotando al aire el rojo penacho de su almete; camina D. Álvaro de Santisteban, procurador mayor del reino; esos caballeros de desconocidos escudos son hidalgos ingleses y alemanes que han venido á ofrecer á Alfonso sus espadas: ved los templarios con las dalmáticas blancas cruzadas de rojo, los caballeros de San Juan con sus penachos negros, los de Calatrava y Santiago; allí está Alfonso VIII rodeado de prelados é infanzones, y llevando á su derecha al arzobispo D. Rodrigo; allí los aragoneses en un brillante conjunto de armaduras y banderolas, los Rocavertís y Villamur cubiertos de oro, el invencible pendon de los Cardonas, los blasones de los Cabreras y Centellas; allí los Lunas, Alagones y Heredias rodeando al bravo Pedro II, mientras que los cruzados de Leon y Portugal siguen á Sancho de Navarra.

¡Gloria al Dios de las alturas! Allí asoma la Cruz, la Cruz bendita que va á humillar al orgulloso infiel.

Suenan los atabales y clarines; una lluvia de saetas arrojadas con horrible gritería por los árabes, es la señal de la pelea.

Los ángeles exterminadores sacuden sus negras alas sobre el campo: gritos, crujir de armas, fragor espantoso.

Una nube de polvo envuelve á los combatientes.

¡Victoria!

El castellano ha puesto en huida las huestes de advenedizos: el aragonés ha roto los escuadrones andaluces que son acuchillados sin compasion, y el navarro destroza las cadenas de la tienda del califa, el cual huye aterrado.

Los cristianos persiguen sin descanso al enemigo.

La llanura se mira cubierta de despojos.

El campo ofrece un inmenso botín.

¡Gloriosa jornada!

Cantad, bardos, cantad á la victoria de *Las Navas*;
cantad tan magnífica epopeya.

Sus héroes han pasado, pero su gloria no se borrará nunca; la historia con su pluma de oro escribe un imperecedero recuerdo, la poesía lo engalana con sus flores.

¡Salve, llanura de *Las Navas*!

JOAQUIN TOMEO Y BENEDICTO.

LAS ADORMIDERAS.

(TRADUCCION DE LAMARTINE.)

Cuando en su ocaso nuestro sol ya brilla,

Luto es de abril al corazón la gala;

Su hermosa canastilla

Amargo aroma exhala

De las brillantes flores,

Cuyos cálices abren los amores

Y el fresco valle con orgullo viste.

Basta que el hombre coja

Entonces una hoja

Que fiel perfume su sepulcro triste.

Dadme la adormidera que, inodora,

Esconde entre la miés pétalos rojos;

Diz que ambrosía encierra embriagadora

Que cierra en paz los soñolientos ojos.

Demasiado velé: falaz ensueño

Atormentó mi insomnio, y hoy implora

Mi espíritu el beleño.

¿Por qué así, primavera, me sonríes?

¿Vienes en vano pródiga á ofrecerme

Tus rosas y alelíes?

¡Basta la flor del sueño á quien se aduerme!

TEODORO LLORENTE.

LOS CHINOS EN AMERICA.

Se sabe poco en Europa acerca de la vida que pasan en América, y principalmente en California,

donde hay muchos, los chinos que bajan como una tierra prometida á ese país codiciado en otra época por el mundo entero.

Sobre este particular vamos á dar algunas noticias auténticas muy curiosas.—Los chinos son casi todos en California tan ignorantes como pobres. Su número es como de cincuenta mil, y la mayor parte han venido á esta region desde de seis ó siete años acá. Casi todos se han hecho mineros, y la sed de oro, ó hablando con mayor exactitud, la necesidad de dinero, es la que los llevó á América. Sin embargo, hay algunos de ellos que, habiendo comprendido que las demás profesiones producian igualmente oro con la sola diferencia de que lo dan ya acuñado, se han hecho industriales ó comerciantes, pescadores, tenderos ó simplemente cocineros, criados de servicio de toda categoría.

Los chinos que vienen á California emigran los más de las provincias meridionales del Celeste imperio. Estos chinos, con pocas escepciones, pertenecen á cinco grandes compañías organizadas para facilitar la emigracion, proteger los emigrantes mientras la travesía y desembarco en un país desconocido y medianamente hospitalario, para alojarlos en unas especies de paradores, mantenerlos y cuidarlos cuando están enfermos; en una palabra, para ayudarles por todos los medios posibles.

Por esta razon, nunca se ven mendigos chinos por las calles de San Francisco, ni nunca se presentan individuos de esa nacion en las puertas de los hospitales. Y en esto hacen bien, porque los californianos, llenos de celos contra estos trabajadores humildes pero infatigables que, como vulgarmente se dice, comprometen el oficio á causa de sus modestas pretensiones, no estarían muy dispuestos á socorrerlos.

Los chinos no vienen á California por impulso propio ni de una manera aislada; sino que se hacen deudores de ricos capitalistas que les proporcionan la travesía y los primeros fondos necesarios, descontando del salario de cada uno durante muchos años una suma de cuatro á ocho duros al mes. El chino que ha contraído semejante compromiso, paga con rigurosísima exactitud.

Por lo general, los chinos son muy industrioses y de carácter muy apacible, y los dedicados al comercio tienen una reputacion de probidad que les permite proporcionarse fácilmente de sus compatriotas los fondos necesarios.

El chino cree llegar á adquirir fortuna con la paciencia y con el trabajo; por lo que no manifiesta la avidez de los demás pueblos que explotan la California, y lejos de acudir á las ricas minas, cuya existencia es frecuentemente problemática, como menos aventurero, se contenta con los placeres despreciados y ya explotados, pero donde el trabajo paciente halla todavía su recompensa. Por otra parte, le sería difícil conservar los placeres ricos, á causa de los celos de los blancos. Sus instrumentos son los primitivos utensilios, que los mineros de California miran con desprecio ahora que poderosísimas máquinas funcionan en los placeres ricos.

Los tratantes chinos establecidos en San Francisco, forman comunmente asociaciones de tres á diez personas, en la que todos los socios se dividen los trabajos ó la vigilancia del almacén. Los comerciantes venden los más seda de China, té, arroz y pescado seco. El arroz y el pescado forman casi todas sus comidas. El arroz les sirve de pan, y comen poca carne de vaca y legumbres, que las hallan de escasa insipidez. Los tratantes operarios, como pescadores y lavaderos, forman generalmente asociaciones de dos ó tres.

Según parece, el chino no se familiariza fácilmente con los idiomas extranjeros. Semejante dificultad, á la que se agrega la poca consideración que se les tiene, los aísla, obligándolos á vivir entre sí exclusivamente. Por este motivo no se reputan como habitantes del país, sino como trabajadores de paso, y no adoptan ni los hábitos, ni las costumbres, ni los trajes de otras naciones, pensando únicamente en regresar á su patria con la fortuna que sus sudores y economía les hubiesen proporcionado.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

La temperatura presente se asemeja al humor desigual de una coqueta, que acaricia un momento para hacer sentir más tarde su desden.

Por eso la estación avanza, y las novedades que la conciernen no acaban de salir á luz.

Pero estamos en abril, el mes de los árboles; en breve los veremos frondosos y renaceremos con ellos á la moda y la alegría.

Nuestras elegantes ostentarán entonces sus trajes siempre muy largos y deliciosamente adornados de pasamanería; pudiendo afirmar que la boga de dicho guarnecido se mantendrá en todo su esplendor.

Para este fin hemos admirado como alta novedad una preciosa mezcla de pasamanería, perlas y encaje, cuyo efecto es de la mayor magnificencia. Se compone de tiras, especie de entredoses calados, pero como estos no pueden servir para *jockeys*; esta combinación de adorno se reproduce con el borde ondulado y olivas-perlas en las esquinas.

No olvidemos los mil galones calados con perlas, las grandes placas para los hombros y las de punta de frac; en fin, la colección de cinturones, varios hasta lo infinito, y todos encantadores. Los hay en ancha cinta á tres pliegues, con una escarapela sobre el lado; ya son de cabos bordados, ya redondos en tafetan ó terciopelo, sembrados de un rico bordado de perlas, con hebilla igual. Hay cinturones completamente en pasamanería, que son verdaderas maravillas; calados, perlados de abalorio ó de acero con hebilla de pasamanería.

No terminariamos si entablásemos también el capítulo de velitos perlados que hemos visto, las corbatas fantasía, desde la llamada *jockey-club*, con caballos brochados sobre las puntas hasta la denominada *Rolando*, sobre cuyos cabos se ve á Rolando apoyado sobre su durandal y silbando en su cuerno de oro. Esto es lo que se llama verdadera fantasía, á la par de alta novedad.

Contando sobre estas indicaciones de pasamanería, podemos advertir que las aldetas no serán exclusivas, puesto que se adoptarán cinturones todo el verano, lo que aplaudimos como buena nueva.

Nuestras graciosas elegantes no desdeñarán un sombrero de media estación, que goza de gran favor y reproduce al sol lindísimo efecto. Es de tul sembrado de perlas de acero, y lleva por detrás un lazo de encaje, terminado por una franja de acero y un velito bordado en las mismas perlas. Estos sombreros, que empiezan ahora, son sumamente ligeros, y tienen la ventaja de servir hasta la estación de los de paja.

También se preparan franjas perladas para adornar los trajes y confecciones de primavera, colgantes, bolas, etc., de abalorio, de cristal, de nácar, pero con preferencia de acero.

Recomendamos á la atención de nuestras bellas los siguientes trajes de estación.

Uno desde luego para recibir en casa durante el día, y muy conveniente para comida íntima. Es de *moirée* gris ruso, guarnecido cada paño con un adorno, género oriental; cuarenta centímetros de alto y ejecutado con terciopelo nacarado y perlas de acero. El cuerpo es una especie de vesta muy abierta con mangas justas y guarnecida en el mismo estilo que la falda, dejando descubrir un chaleco nacarado con aldetas bastante largas y botones de acero. El prendido es una catalana bordada de perlas, con *bandeau* griego en follaje de terciopelo nacarado.

El otro traje, bastante elegante para salir, es de raso pensamiento, guarnecida la falda con tres grandes dientes, formados con ruches de terciopelo negro. Una franja de colgantes pensamiento forma siguiendo los dientes una segunda fila menos alta. Cuerpo alto, cinturón en terciopelo, terminado por detrás en dos largos cabos echarpe con franja perlada. Las mangas son lisas y planas.

Para complemento un paletot muy corto, especie de chaqueta marinera en terciopelo negro, adornada con un rico bordado de perlas, y un sombrero de felpa frisada pensamiento, con el fondo de plumas blancas sembradas de vardascas de cristal imitando el rocío.

Otro más sencillo es en *point-de-soie* azul, guarnecido el bajo de la falda con una tira de terciopelo también azul, superada de una pasamanería en perlas de acero. Otro terciopelo más angosto superado de igual pasamanería se coloca más alto, describiendo túnica griega sobre el lado izquierdo. Sobre este traje una casaca en tela igual guarnecida, como la falda, es el complemento con un sombrero de crespon azul, compuesto el fondo de un peine de acero y estrellitas de acero sobre el ala y el interior.

Terminaremos con un traje de *soirée* destinado a una joven, puesto que la Cuaresma espira, y podrá utilizarse en las recepciones de Pascua.

Es de tarlatana blanca, bullonado por abajo, y sobre esta falda una túnica de foulard á finisimas rayas, rosa y blancas, rodeada con un ruche de tafetan rosa, cuya mitad se forma con una fila de perlas blancas. Esta túnica se halla levantada por la izquierda con un lazo rosa y una cadena de perlas. Corselillo igual; draperías de tarlatana en el interior, y cintillas rosa bordadas de perlas blancas en los cabellos.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

TRAJES DE NIÑOS.

Primera figura. Niño de tres años. Vestido de alpaca, adornado con cuello, vueltas y cinturón, con largos cabos flotantes de cinta encarnada; en el cuerpo dos órdenes de botones.

Segunda figura. Niña de diez años. Vestido de fularl rameado; en el bajo de la falda un volante tableado, ribeteado de una cinta y con un botón en cada pliegue. Cuerpo alto, mangas lisas, tirantes cruzados en el talle, que terminan por largos cabos flotantes guarnecidos de un flequillo. Sombrero *Frondeur* adornado de un ramillete de flores y una larga pluma.

Tercera figura. Niña de siete años. Falda de fulard, bordada en el bajo con un rico dibujo *soutache*, que sube en punta por cada paño. Cuerpo blanco de muselina á plieguecitos; mangas bullonadas, cintura *soutache*.

Cuarta figura. Niña de cuatro años. Vestido de muselina. Cuerpo escotado, en cuadro, figurando delantal, con entredoses bordados; mangas cortas; cinturón y echarpe de cinta rosa.

Quinta figura. Niña de ocho años. Vestido de tafetan á cuadritos, adornado en la falda por cinco vieses que vuelven formando caracol en cada costura. Cuerpo con aldeta guardia francesa, con esquinas vueltas. Los delanteros se abren sobre un chaleco blanco; mangas de codo.

Sexta figura. Niño de seis años. Chaqueta y pantalón largo de popelina; chaleco blanco.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redacción, ENRIQUE DOMENECH.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.

Calle de Preciados, 74, bajo.



LA VIOLETA

Redaccion y Administracion

Concepcion Geronima N° 13 Pral Derecha. Madrid

Ayuntamiento de Madrid

